

TVE emite el documental que homenajea a la icónica librería donostiarra Lagun como símbolo de la oposición civil a la violencia de ETA

Una historia de resistencia

MANUEL JABOIS, Madrid

La noche del 24 de diciembre de 1996 sonó un teléfono en una casa de San Sebastián. Era el ángel de la guarda, como la llama Ignacio Latierra, de la librería Lagun, situada en la Parte Vieja de San Sebastián; se trataba de Pepita, vecina y propietaria de una carpintería que estaba al lado de la librería. Latierra, María Teresa Castells, José Ramón Recalde, propietarios de Lagun, despedían un año durísimo: más de una veintena de ataques entre pintadas, rotura de escaparates y lanzamiento de cócteles molotov. Pero el año no había terminado aún, ni los ángeles de la guarda llaman a las tres de la mañana para dar buenas noticias.

Los violentos habían roto el escaparate, llenaron de pintura roja y amarilla toda la librería, desde las paredes hasta los libros. Latierra pensó por primera vez que aquello ya sí era el final. Pero horas después, la librería estaba abarrotada de gente que compró todo lo que encontró: libros quemados, libros pintados, libros rotos. Desde Alemania, el escritor Fernando Aramburu llamó a su madre para pedirle que fuese a comprar alguno de los libros atacados. No pudo: ya no quedaban.

"Mi madre llegó tarde. Y eso demuestra la enorme solidaridad que despertó aquello", dice el autor de *Patria* en el documental *Lagun y la resistencia contra ETA* escrito por los periodistas José María Izquierdo y Luis R. Aizpeolea y dirigido por Belén Verdugo y que hoy emite La 2 (22.00). No cuenta una historia feliz, ni tiene final feliz. Quien resiste, resiste a un ataque; quien resiste 60 años, ha pasado 60 años bajo una diana: la de Franco primero, la de ETA después. Y con Lagun como símbolo, la historia de la resistencia al terrorismo en Euskadi es una historia que empezaron a escribir muy pocas personas, todas amenazadas, muchas asesinadas.

Sus supervivientes aparecen en el documental: desde Latierra



Pintadas amenazantes en la fachada de la librería Lagun, en San Sebastián, en 2001. / JESÚS URIARTE

hasta Gorka Landaburu, desde Consuelo Ordóñez hasta Luis Castells o Fernando Savater. Y un superviviente del terrorismo, José María Calleja, fallecido el 21 de abril por coronavirus: "Tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco miles de personas que nunca se habían manifestado salen a la calle se dirigen a las puertas de Batasuna, gritan 'ETA, aquí tienes mi nuca'. Hay un antes y un después porque el vaso se ha llenado".

Cuánto explica lo que dice Peio Aspiazu, promotor de Gesto por la Paz en Zarautz, cuando cuenta cómo se empezó a organizar el pacifismo en el pueblo. "Yo salía de casa y no le decía a dónde iba a nadie, ni a mi mujer. Nos reuníamos en un agujero debajo de la Kutxa, allí". Si alguien en medio de la noche pasaba por el lugar y veía unas sombras, sabía que era gente reunida para posicionarse en contra de ETA.

"Piensa que es como si a tu padre lo hubieran matado un infarto, o un accidente de tráfico", le de-

cían, con buena voluntad, a Cristina Cuesta, hija del asesinado Enrique Cuesta: "No te dejaban ni ser víctima". Aspiazu recuerda las primeras concentraciones de Gesto por la Paz con los manifestantes proetarras enfrente insultándoles y tirándoles de todo. "Yo he estado", dice, "en una manifestación en la que estaba un padre y enfrente su hijo cantando con los demás 'ETA, mátalos'. La *Carta de los 33* en la revista *Muga*, el plante de importantes nombres del mundo de la cultura ante ETA en 1980, la firman entre otros Koldo Mitxelena, Julio Caro Baroja, Eduardo Chillida, Manuel de Lekuona, Gabriel Celaya, Julián de Ajuriaguerra y Agustín Ibarrola. Advierten en ella contra "los verdugos desalmados, cómplices cobardes y encubridores serviles".

Esa carta también la firma José Ramón Recalde, marido de la fundadora de Lagun, María Teresa Castells, jurista, profesor y político. Después de ver el estado de la librería en Nochebuena de

El reportaje no cuenta una historia feliz ni tiene un final feliz

Los dueños del local también sufrieron ataques y torturas en el franquismo

1996, se encontraron tres semanas después con un nuevo ataque; los agresores rompieron el escaparate nuevo, cogieron libros, y los quemaron en la calle. Quien buscara correspondencias políticas en la Europa del siglo XX, tenía en aquella hoguera al rey desnudo: totalitarismo, amenazas, terror, asesinato del disidente, chantaje y rechazo a la cultura y las ideas.

Cuatro años después, en el año 2000, a Recalde ETA le descerrajó un tiro en la cabeza. "El calibre del revólver, más pequeño que el de una pistola de nueve milímetros, el gesto de Recalde, al torcer la cara cuando se dio cuenta de la que se le venía encima, y unas prótesis de titanio que le habían implantado a Recalde en las mandíbulas le salvaron la vida. Bueno, todo eso y también la impericia de la criminal, o del criminal, que salió corriendo al ver que había fracasado en su intento de matar a una de las personalidades necesarias para tratar de explicar la historia del País Vasco de los últimos cincuenta años", escribió Calleja en *EL PAÍS* un año después, recordando que se dio por muerto a Recalde. Su hija se lo encontró grave pero vivo. Y a su madre diciéndole a su padre, mientras este sufría una hemorragia: "Mira, Ramón, nadie se muere de un tiro en la boca". Sobrevivió. Murió en 2016; su mujer, en 2017.

Los dueños de Lagun, perseguidos durante el franquismo, señalados y atacados por grupúsculos de ultraderecha (Guerrilleros de Cristo Rey les colocó una bomba cuya deflagración se produjo hacia fuera, no hacia dentro), encarcelados y torturados por la dictadura, vieron alumbrar con la democracia una dictadura distinta que les dobló el pulso muchos días, pero nunca los tumbó. Un terrorismo, el etarra, que se infiltró de tal manera en la sociedad vasca que producía este tipo de conversaciones en una manifestación pacifista. La cuenta Peio Aspiazu. Tras manifestarse contra ETA, en la concentración de Gesto de la Paz un participante se dirigió a él: "¿Por qué no vamos ahora a la sede de la Ertzaintza a mostrarles nuestro apoyo?". A Aspiazu le pareció buena idea. "Y se da la casualidad que de camino allí", dijo, "pasamos por delante del cuartel de la Guardia Civil, así que nos paramos allí y también les mostramos nuestro apoyo". "¡No, hombre, eso no!".